

Juan de Armaza

El Zorzal



O vi en el huerto esta mañana: corría sobre la rama de una parra vieja, y se paraba atento: uno o dos picotazos, y quitaba al racimo el grano más dorado.

Lo vi más tarde correr junto a la acequia: un trecho largo, y una paradilla para escuchar qué pasa bajo el barro junto al agua corriente. El zorzal escucha volteada hacia el suelo la cabeza renegrada, y ya impaciente, da un picotazo rápido. Vuelve a escuchar; el golpe ha sido certero, y un nuevo picotazo levanta una lombriz.

En el parrón y en la acequia, en la acequia y el huerto nuevamente, el zorzal ha cogido abundante sustento. Y ahora canta, mientras la tarde llega melancólica. Ya no lo veo, como en la acequia o el parrón. Cae el canto de la ancha copa de la encina; es larga la frase y apasionada. La tarde avanza; la copa de la encina se aprieta oscura; la frase es larga, apasionada y melancólica como este apagarse del valle entre los cerros violetas.

Los Jotes



MEDIODÍA. Es un rectángulo de azul intenso el cielo sobre el potrero esmeralda que encuadran las viejas alamedas. No hay susurro; todo está quieto: trasciende a eternidad.

Una sombra resbala por el trébol fragante. Va, se aleja, y vuelve, y pasa; parece aprisionada entre las altas alamedas.

Estaba hoy la negra bandada posada en el infecto basurero; disputaba a los puercos el desperdicio. Después, se alzaron uno a uno en arrastrada ascensión.

La sombra por el trébol pasa y retorna. Ahora gira y crece. Acuden nuevas sombras. Una espiral de muerte baja sobre el potrero.

Las Tunas



LA tuna. La tapia. La lagartija. El mediodía baila sobre el suelo recalentado.

Vencido el viejo leño bajo la carga descontrapesada, se ha allegado a la tapia; no hay ley que rija este alud creciente de gruesas paletas que brotan unas de otras del ancho borde carnudo, en cualquier parte, hacia donde quiera, sin cuidarse del tron-

co abrumado. Ya están arriba. Ya miran por sobre la barda el faldeo reverberante.

Creo que nadie las riega. No he visto un pájaro llegar a sus espinas. Seres deformes—arañas, culebras—acechan desde su desamparo.

Me quemo. Las tencas cantan. Las hojas crujen por el suelo. La lagartija cabecea nerviosa, y hay un temblor de día de verano en la tapia reseca.